

Celestino V. Aun los mismos Colonnas en armas sirvieran al Papa Bonifacio con acatamiento; y ornaran con su presencia las ceremonias sobrado ostentosas de la coronacion. Mas perseguirlos por meros chismes de vecindad y meras hablillas de salon era tanto como desconocer los límites mas sencillos y mas naturales de la propia conveniencia. Todo lo arriesgaba en el combate Bonifacio, podia perderlo todo en la derrota; y no ganar cosa alguna en la mas alta y mas decisiva victoria. Y así le sucedió en efecto: que al disponer una cruzada, dispuso algo mas de lo que pedia la necesidad, y al obtener una victoria, obtuvo la pasajera satisfaccion de hoy amargada bien pronto por la terrible rota de mañana. Sucumbieron los Colonnas, porque no contaron tampoco á su vez con el estado de los ánimos y con la corriente de los tiempos. Sicilia en nada les favoreció; los gibelinos, tan esperados, nunca aparecieron; los romanos, tan levantiscos, quedáronse en la mas fria indiferencia; y la cruzada pudo tomar poco á poco todos los castillos de los Colonnas sublevados. Ya solo quedaba la fuerte ciudad de Palestrina en poder de los enemigos del Papa; y deseoso este de acelerar su rendicion, sacó del claustro al antiguo guerrero Guido de Montefeltro y le pidió consejos y advertencias para el sitio. Estudiada con detenimiento la formidable fortaleza, comprendió aquel gran militar que solo podia reducirla por tratados, y no por armas. Un tratado la redujo. Vestidos de sayal, con una soga al cuello, presentáronse los dos cardenales en Rieti, delante de Bonifacio, sentado en majestuosísimo trono, circuido de su corte civil y de su corte eclesiástica, ceñidas la tiara y la corona, agarradas con furor las llaves; representando delante de aquellos vencidos la autoridad soberbia de un Pontificado esencialmente político. Los rebeldes fueron perdonados por las exigencias del convenio; pero no perdonada su ciudad. Salieron los Colonnas de la presencia del Papa, sin que este hubiese bajado los ojos á mirarlos. Pero los fijó inmediatamente en aquel su nido y lo condenó á verdadera destruccion. No le valió á Palestrina su antigua historia, que se relaciona con los tiempos de Pompeyo y de Sila; no le valió su espléndida belleza que resplandece en pintorescas montañas cubiertas como el Olimpo y como el Pindo de mirtos y olivares; no le valió su título augusto de sede magna entre las siete primeras Iglesias episcopales, sufragáneas de Roma; no le valieron sus muros ciclópeos sobre cuyos adarves se erguia una

rotonda consagrada á la Virgen, que semejaba, destacándose en los cielos azules, á la pálida luna llena de la tarde; no le valieron sus obras de arte, sus monumentos seculares, sus grandezas históricas: la ira del Papa se cebó en la derrotada ciudad, como el diente de la hiena en el frio cadáver, y pasó el arado por sus cimientos y derramó la estéril sal por sus antes hermosas y pobladas calles: elocuentísimo testimonio de la ceguera que adquiere la natural soberbia, cuando consigue una alta autoridad en un soberbio trono. La vida de los cardenales enemigos fué perdonada, como hemos dicho; pero no sus bienes. Alzóse con ellos el Papa, y cedió una parte á los Orsinos, enemigos antiguos de los Colonnas; otra parte á su propia familia; y otra parte á la romana Iglesia. Los Colonnas protestaron de esta determinacion, por creerla contraria tanto á las cláusulas de su convenio con el Papa como á la fe que debe guardar todo soberano á su palabra y mucho mas á su juramento. La protesta de los Colonnas fué contestada con una excomunion mayor; y su partido quedó disuelto. Jacopone de Todi cayó en oscuro calabozo de Palestrina. Sciarra erró por las orillas del mar, hasta que le apresaron unos piratas. Pietro se refugió en Etruria. Jacopo en Umbría. Estéfano en Sicilia; pero quedaron relampagueantes sus odios y crecidas sus intenciones de guerra y de venganza.

Quien juzgara por las apariencias creyera el Pontificado en todo su auge y en todo su apogeo. Tocóle á Bonifacio VIII en su dominacion el primer año del siglo décimocuarto; y pensó celebrarlo á la manera que celebraban los antiguos estos centenarios. Necesitábase tanto mas esto, cuanto que Roma yacia por entonces en la soledad y en el silencio. A medida que retrocedian las cruzadas, paralizábanse las peregrinaciones; cosa fácil de comprender y llana de explicar con solo concebir cómo iban retrocediendo los antiguos sentimientos y apagándose poco á poco las creencias antiguas. Concibió, pues, Bonifacio el vasto pensamiento de congregar la cristiandad en Roma; y realizólo cumplidamente. Diríase que antes de congregarse las Asambleas revolucionarias, antes de abrirse los cismas occidentales, antes de querellarse el Pontificado de los pueblos europeos y los pueblos europeos del Pontificado, queria la antigua y estrecha federacion católica, presidida por la unidad romana, dar de sí misma gallarda muestra y dejar reflejos de sus antiguos

resplandores en los anales de la historia. El Papa lanzó desde su trono un clamor, que prometía plena indulgencia á todo aquel que visitase la Ciudad Eterna; y á este clamor se conmovió el mundo entero, ansioso de perdon y de misericordia. En febrero de 1300 se promulgó la bula, que proclamaba el jubileo; y en esta bula ¡parece imposible! en este acto de olvido, de perdon, de misericordia, que prometía el amparo de Dios y la remision de las culpas á cuantos visitasen las basílicas de San Pedro y San Pablo, puso el Papa, llevado de su insana ira, la rabiosa exclusion de sus enemigos personales y políticos, los infamados Colonnas. Pero el mundo, olvidado de esto, escuchó la voz del Papa. Por los cuatro puntos del horizonte, hollando aquellas vías romanas bordadas á un lado y otro de grandes monumentos, dirigíanse hombres de todas las naciones y de todas las razas, griegos, latinos, germanos, orientales, esclavones á la Ciudad Eterna saludada como un santuario, en cuanto se percibían sus arcos, sus columnas, sus torres, en medio del vasto mar de vapores formado por los reflejos de la sublime campiña romana, en cuyas sinuosidades se descubren tantos restos de naufragios y tantos despojos de batallas como despiertan allí el sentimiento de la inmortalidad y convidan á la meditacion sobre todas las cosas elevadas y eternas. Aquellos hombres, fiel imágen del mundo cristiano, hablaban entre sí diversas lenguas; pero se dirigían á Dios y entonaban los cánticos sagrados en el latin eclesiástico, cual sus almas nacidas en diversas regiones, se unían y se identificaban en la misma creencia, bajo la unidad superior del catolicismo. Unos iban á pié, otros á caballo, estos sobre los hombros de sus deudos, aquellos en parihuelas y en literas; pero todos á una buscaban allí expansiones infinitas del sentimiento, consuelos religiosos del alma, esperanzas para la muerte. Los antiguos conquistadores, que llevaron muchas naciones al Pomedium, muchos reyes y embajadores al Capitolio, muchos dioses al Panteon, pero todos vencidos, maniatados, con la argolla en el pié y el látigo sobre la cabeza; obligados por fuerza y por necesidad á presentarse en la Vía Sacra y bajo los marmóreos arcos cual trofeos de lloradas victorias; los antiguos romanos, si levantaran la cabeza del sepulcro, no comprendieran, no, cómo á un llamamiento moral de inerme sacerdote iban las gentes todas en peregrinacion á Roma, reconociéndole no ya la soberanía material sobre las voluntades y los cuerpos, sino, lo

que es mas, la soberanía espiritual y religiosa sobre las conciencias y las almas. Treinta mil peregrinos entraban ó salían diariamente por las puertas capitales de Roma. Pocas veces la Ciudad Eterna se vió tan exaltada ni tan victoriosa. Allí, en aquel jubileo, entre los peregrinos, al son de las campanas y de los órganos, al eco de los cánticos, á la vista de las procesiones compuestas por hombres de todas las razas, á la bendicion de las reliquias, al espectáculo del mundo católico, á la conmocion universal, nacieron dos obras inmortales; la historia de Villani y la epopeya de Dante.

Esta enorme grandeza de la sede pontificia fué á la verdad bien transitoria; porque, al año siguiente del jubileo, comenzó aquella lucha entre el Pontífice de Roma y el rey de Francia, que tantas y tantas penas debia causar al brioso Bonifacio VIII y tantas y tantas consecuencias debia traer á la vida y al organismo de las instituciones pontificias. La debilidad del Imperio explica la audacia del Pontífice, que no solamente dió tierras imperiales como Toscana á favoritos como Cárlos de Valois, sino que al recibir los embajadores del César de Alemania, Alberto, á quien nunca quiso reconocer, gritó con rabia golpeándose el pecho: «Yo, yo soy el verdadero Emperador.» Y nunca estuvo mas cerca una revolucion trascendental. Subíasele el orgullo á la vista y le vedaba ver la boca del abismo á donde corria desalado. La fuerza de la autoridad pontificia estuvo siempre en Francia. Las bases del Pontificado fueron Clodoveo, Cárlos Martel, Pipino, Carlo-Magno. Para mover á las cruzadas, tuvieron que valerse los Papas, de apóstoles franceses; y para cumplirlas y realizarlas, de francesas legiones. El tipo de la idealidad católica en el siglo décimotercio encontrábase en San Luis; y el instrumento de las venganzas romanas contra la gibelina casa de Suabia en la casa de Anjou. De consiguiente, si Francia llega en aquel tiempo á faltarle, ¿qué fuerza le queda al Pontificado? ¿Será por ventura la católica España, cuya Castilla no ha querido reconocer los mandatos del Papa encaminados al divorcio de Sancho IV con Doña María de Molina, ó será por ventura aquel Aragon, de antiguo condenado por su tradicion y por su historia, á formar en la vanguardia del partido gibelino? ¿Será por ventura esa Italia, democrática, republicana, próxima en los albores del Renacimiento á caer en la divinizacion de las formas, como los antiguos paganos, y que si no abraza

ninguna herejía por razón de su natural indiferente, abraza la religión cuasi idolátrica del arte? ¿Será, por ventura, esa Alemania, opuesta por sus tradiciones y por sus Césares eternamente á Roma? ¡Ah! El abandono de Francia resulta en la historia el mas terrible síntoma de la decadencia pontificia. La rivalidad entre los Emperadores y los Papas tuvo siempre un carácter mas aparatoso que real, y versó siempre sobre las coronaciones de los Césares y sobre las investiduras de los Obispos. Pero la lucha con Francia representa el esfuerzo de las monarquías para constituir su jurisdicción civil, su autoridad laica, su poder absoluto, rompiendo abiertamente entre sus manos la secular tutela de la Iglesia. Luchaba la doctrina teológica con la doctrina jurídica, los cánones con los códigos, el derecho divino de los Papas con el derecho divino de los reyes, la monarquía con la Iglesia. Reinaba á la sazón Felipe el Hermoso, que con todos sus defectos y todos sus vicios, tendrá eternamente en la historia el carácter elevadísimo y el nombre envidiable de fundador de la monarquía francesa. Promulgó Bonifacio una bula, en la cual vedaba solemnemente á toda personalidad eclesiástica individual ó colectiva, el pago de tributo alguno á los laicos sin licencia del Pontífice. Irritado el rey de Francia que, habiendo menester dinero para sus luchas con Flandes é Inglaterra, no tenia escrúpulo en fabricar moneda falsa, prohibió la extracción de toda suerte de metales y su envío á Roma. La bula del Pontífice y la ley del monarca pugnaban entre sí y contenian irremediables disonancias. Sintióse la herida en Roma, tras la herida vino el dolor, tras el dolor la queja, tras la queja la reconvenccion, tras la reconvenccion la querrela, y tras la querrela el encarcelamiento de los legados del Papa en la corte de Francia. Tal ofensa agravó mas las iras de Bonifacio; y tal agravación dictó otra bula en la cual se lanzaban contra Felipe el Hermoso las acusaciones mas graves y se convocaba en la capital del mundo católico un congreso del clero galicano. Los jurisconsultos Flotte y Nogaret, lumbreras de aquel tiempo, henchidos con las ideas del derecho romano, opuestos á todas las pretensiones de la autoridad pontificia, enardecieron el ánimo de Felipe el Hermoso y le mostraron su autoridad y su soberanía, como siervas humildes de un poder extranjero. La bula pontificia ardió en el altar mayor de Nuestra Señora de Paris al son estridente de los clarines y al grito

atronador de los heraldos. Felipe expulsó al nuncio pontificio; prohibió al clero oír la voz de Roma y marchar al Concilio; y reunió un Parlamento, en el cual se hallaba con todo su poder y toda su fuerza el brazo eclesiástico resuelto á sostener al monarca contra el Papa y á declarar que no tenia esta jurisdicción alguna sobre la autoridad civil y sobre el poder político de las antiguas monarquías. A este Parlamento del rey respondió un Concilio del Pontífice. Y en este Concilio se leyó uno de los documentos mas atentatorios á la independencia del poder monárquico, la célebre bula, que comienza con las dos palabras: «Unam Sanctam,» donde se recogian todas las antiguas ideas pontificias, se condensaban todas las antiguas pretensiones históricas de la curia romana, y se decía que toda persona humana, para vivir materialmente en el mundo y para captar la salud eterna, precisaba sujetarse completamente al Pontífice. Tentóse una conciliación; y se frustró por completo. Y un Parlamento francés acusó con toda solemnidad al Papa romano. Al verse este blanco de tales y de tan inesperadas acusaciones, al encontrarse casi solo en el mundo, tuvo que dirigirse á su enemigo mas implacable y mas insultado, al Emperador Alberto. Háblale llamado hereje, felon y regicida; habia despedido á su embajador y á sus ministros; habia dicho que estaba en el Pontífice la autoridad del Imperio; y ahora se desdecía de todo esto y le llamaba su hijo. El Emperador se rindió al llamamiento; y esta rendición fué causa del engaño de Bonifacio VIII, que cayó víctima de mentidas ilusiones sobre su poder y sobre su fuerza.

Dos hombres, representantes el uno de nuevas ideas y el otro de viejas pasiones, tramaron la conjuración que debia dar en tierra con la autoridad de Bonifacio VIII y hacer patente al mundo la irremediable decadencia de los Pontífices de Roma. Eran estos dos hombres Nogaret y Sciarra. El primero, francés de nacimiento, hijo de la sabia Tolosa, catedrático en Montpellier, alto funcionario en la corte de Felipe el Hermoso, representaba con fidelísima representación aquel espíritu universitario, tan opuesto al espíritu eclesiástico, y aquella jurisprudencia civil, tan contraria al derecho canónico, y aquella autoridad de los reyes, tan distinta de la autoridad de los Papas; todo lo que debia establecer las bases de las monarquías modernas y quebrantar la tutela política de la antigua Iglesia. Este Nogaret era en la conju-